

Prefacio

En el año 1649 nacía María del Castillo en Sevilla, en medio de una epidemia de peste bubónica. Debido a circunstancias que desconocemos, no conoció a sus padres, razón por la cual fue criada y cuidada por María Vázquez y Pedro Martín, un matrimonio que presuntamente no mantenía vínculos de parentesco con la criatura. Con el paso del tiempo, cuando ya la niña tenía diez años y María Vázquez se había quedado viuda, ambas ponen rumbo a la vecina ciudad de Cádiz. Una vez aquí, tuvieron que desenvolverse en un entorno muy similar al del lugar de donde procedían, pero no precisamente el mismo, pues Cádiz poseía sus propias singularidades, que se reflejaban en sus formas y ritmos de vida. Diez años más tarde, en 1669, ambas habían echado raíces en la urbe, dado que, mientras que María Vázquez todavía residía en Cádiz en una de las viviendas de la aduanilla, a María del Castillo la hallamos contrayendo sus primeras nupcias a la edad de veinte años con el gaditano Miguel Francisco, quien tuvo la misma suerte que ella al vivir como un joven desheredado que no había conocido a sus progenitores (A.D.C. Expedientes Matrimoniales 1932).

Durante la época moderna, y principalmente a partir del siglo XVII, miles de mujeres oriundas de otros lugares, como María Vázquez y María del Castillo, habitaron y convivieron en la ciudad de Cádiz. Independientemente de la distancia que recorrieron hasta alcanzar la ciudad, las mujeres que van a colonizar las siguientes páginas transformaron su entorno habitual y salieron de su cotidianidad al desplazarse a una ciudad bulliciosa, llena de vida, con una fisionomía social y cultural singular que deriva de la convivencia constante y ascendente de la población gaditana con inmigrantes y transeúntes que transitaban de manera temporal por el núcleo de las gallinas de los huevos de oro de la Monarquía Hispánica. En el lugar de destino, el ritmo diario varía, y las cosas se perciben e interpretan de manera distinta, por lo que algunas personas lo tendrán más sencillo y otras lo tendrán más difícil, como observaremos. Sin embargo, todas deben comenzar desde cero, ya sea en términos de establecer relaciones, amistarse con los vecinos, obtener bienes esenciales y de primera necesidad, fortalecer vínculos laborales, etc.

Podríamos afirmar que, tras numerosas dificultades y el paso por ciertos procesos para limitar el campo de hipótesis y objetivos iniciales, con este estudio tenemos como propósitos principales dos objetivos: realizar una aproximación cuantitativa de los desplazamientos femeninos hacia la urbe gaditana entre 1668-1760 y dimensionar la magnitud de la presencia de las mujeres inmigrantes y desplazadas con el fin de lograr una representación lo más cercana posible de las mujeres forasteras y pobres. Estos dos objetivos persiguen buscar respuestas

a tres hipótesis principales: realizar una aproximación hacia la presencia de los movimientos femeninos en los dos siglos más decisivos de la historia de la urbe atlántica; visibilizar la otra cara de El Dorado americano, pues todo parece indicar que la llegada masiva de mano de obra externa originó bolsas de pobreza, las cuales impactaron con más fuerza a las mujeres; finalmente, intentaremos observar cómo la micromovilidad puede modificar y alterar también las trayectorias de vida en forma de rupturas, cambios, esperanzas, oportunidades o fracasos.

En la actualidad, las migraciones, y específicamente las migraciones femeninas, están suscitando nuevas discusiones y reformulaciones que respaldan una idea que ya estaba presente en las investigaciones que integran una perspectiva de género: las mujeres no son sujetos pasivos sino participantes activas en los procesos migratorios, ya sea como figuras principales o como actrices secundarias debido a la ausencia del otro. Sucede algo similar cuando analizamos la pobreza femenina: no son heroínas ni víctimas, pero se apoyaron en sí mismas, en el sistema o en la ayuda de terceros para salir adelante. La pobreza en general, es también un asunto relevante si consideramos los tiempos actuales, en los que quien antes tenía algo ahora no tiene nada. Pero dejemos de lado la importancia que consideramos que tienen estos temas para conocer o, más bien, comprender un poco mejor nuestro pasado y aclarar lo que vivimos en el presente.

Es importante señalar antes de empezar que mi interés en el tema de esta investigación se debe a la motivación que me infundió la historiadora María José de la Pascua, al desafío que representa abordar un tema apenas explorado por la historiografía sobre Cádiz y a la historia de mi propio nombre. Mi abuela relata que mi tatarabuela Francisca, a quien llamaban la Paca, abandonó la tierra donde había nacido, San Fernando, y se trasladó a Cádiz, donde permaneció hasta el día de su fallecimiento. Todo indica que este desplazamiento fue guiado por un impulso del corazón. Francisca nació en el seno de una familia adinerada de la antigua Isla de León, por lo que tuvo una acomodada niñez y juventud, acorde con su posición socioeconómica. No obstante, el destino le tenía preparada una vida completamente distinta al enamorarse de un hombre de clase social baja. Debido a los estragos que Cupido provocó en la familia, y como consecuencia de tal escándalo, Paca opta por irse y dejar su hogar, dejando atrás toda comodidad y partiendo hacia Cádiz.

Afirmamos que causó estragos porque, según todo indica, vivió una vida larga (cerca de cien años) con escasos recursos económicos y alejada de los suyos. Este desplazamiento de aproximadamente 14 kilómetros trastocó su vida. Ambos tienen que avanzar hacia adelante en una ciudad relativamente desconocida, con

poco dinero y con una mano delante y otra detrás, como dice el refrán popular. Logran formar una familia al nacer sus dos hijas, pero lo hacen con esfuerzo, viviendo en un pequeño cuarto ubicado en la calle San Juan, número 24. Sin embargo, la vida les da un nuevo golpe; pronto, cuando sus hijas todavía son unas niñas, el hombre por quien ella abandonó todo murió. La Paca, viuda, y madre de dos hijas pequeñas, se queda sola y sin dinero en Cádiz, sin tener a nadie de su familia inmediata a quien recurrir. Tal vez con la idea de aliviar sus problemas o posiblemente para reiniciar un nuevo proyecto de vida, vuelve a casarse y a forma una nueva familia. Mi abuela aún recuerda las calamidades, la miseria y el hambre que sufrió en aquel mismo cuarto de la calle de San Juan donde creció. Ciento cincuenta años después, como consecuencia del desplazamiento de la Paca, una gran parte de la familia todavía reside en los rincones de la antigua urbe atlántica.

Un caso casi de manual, en forma de instantánea, que ilustra una de las numerosas historias en las que es posible ver cómo las mujeres deciden desplazarse y abandonar su espacio vital. Sin embargo, ¿en qué medida es una elección irse o permanecer en la tierra propia?, ¿en qué grado los desplazamientos modifican y transforman las trayectorias vitales independientemente de los kilómetros recorridos?

Introducción y aspectos metodológicos

1. Entre la Historia Social, la Historia Cultural y la perspectiva de género

Dejando a un lado los intereses personales y el interés suscitado en los estudios históricos por los temas que abordaremos a lo largo de estas páginas, hemos considerado centrarnos, como punto de partida, en cuestiones más generales: ¿acaso las migraciones y los desplazamientos no son un instrumento empleado por el ser humano desde tiempos inmemoriales?, ¿en qué medida están relacionados con el fracaso, la búsqueda de oportunidades o la necesidad de hallar una salida para huir del abandono o la desafiliación social? Los diversos contextos espaciales y temporales, junto con otros factores, han sido los verdaderos creadores de una teoría —que consideraremos incorpórea— que ha establecido el valor intrínseco de este fenómeno a lo largo del tiempo y ha determinado quiénes deben irse y quiénes deben quedarse.

Nosotros nos quedaremos con las que supuestamente debían quedarse, razón por la cual los objetivos e hipótesis que perseguimos están dirigidos a corregir el olvido de las mujeres en el terreno de las migraciones, y en cómo estas confrontan sus vidas una vez que se establecen en el lugar de destino. Nos centramos especialmente en la idea de que un cambio espacial y domiciliario no siempre garantiza una oportunidad adecuada. En otras palabras, ¿es cierto que todos los desplazamientos resultan en una mejora o, por el contrario, muchas vidas individuales se ven afectadas por la falta de oportunidades en el lugar al cual llegan?

Para abordar esta cuestión, es esencial emplear una metodología que nos permita, en cierta medida, cruzar y complementar migraciones y pobreza, dos fenómenos complejos, y especialmente si hablamos de mujeres. Por lo tanto, debemos navegar por otros ámbitos como la beneficencia, la familia o el trabajo. Hoy es posible que las mujeres sean las figuras principales de cualquier investigación histórica rigurosa, pues ya hace casi medio siglo que los sujetos olvidados e invisibilizados por la historia comenzaron a renacer tras un extenso periodo de letargo. Así, emerge una nueva manera de trabajar con la historia, en la cual al menos hay un espacio, aunque sea pequeño, para las personas comunes. No obstante, ha de señalarse que todas las transformaciones ocurridas en la ciencia histórica antes de los años setenta, con una perspectiva exclusivamente cuantitativa y demográfica, económica o social, no tenían como objetivo considerar lo vivido y lo sentido, sino medir y cuantificar precios, coyunturas, costumbres, tendencias, persistencias, resistencias, relaciones o desplazamientos (Cardoso y Pérez 1976). El agotamiento de este método de hacer historia se vuelve notorio a medida que avanza la década de los setenta, sobre todo en el último cuarto del siglo XX y par-

ticularmente desde la década de los noventa. Se hacía evidente que las deficiencias del sistema historiográfico establecido no permitían una interpretación completa de la historia, pues no todo puede ser interpretado solamente a través de cifras y números. Elegiremos dos de todas las transformaciones, puesto que han sido imprescindibles para el engranaje de esta investigación: por un lado, el nacimiento de una nueva historia cultural, y por otro, la validación del concepto de género en el análisis histórico, lo que ha dado lugar a la historia de las mujeres.

La historia de la cultura no es un descubrimiento tardío, ya que su desarrollo se inicia a finales del siglo XIX; sin embargo, los historiadores no le prestaron atención hasta finales de la década de los ochenta (Morgado 2021, 3-11). Quien promueve de manera definitiva esta nueva perspectiva cultural de la historia es el llamado «colegio invisible» Desde Peter Burke hasta Natalie Zemon Davis, se han dedicado a valorar la cultura como «ese marco de referencias y evidencias a partir de las cuales obran los humanos, ya que todas las actividades se ejecutan a partir de códigos» (Serna y Pons 2005, 13). El objetivo era captar lo que aún se escapaba de las lentes del historiador: los pensamientos, las experiencias, las expectativas, los comportamientos o los sentimientos.

Este colegio sin muros no solo elaboró un esquema de instrucciones para acceder a este tipo de historia, sino que sondeó aspectos sumamente decisivos que hasta entonces habían pasado desapercibidos. Esto se llevó a cabo con el fin de conocer y estudiar fenómenos actuales, así como comprender las actitudes, hábitos y formas en las que los individuos del pasado enfrentaban su mundo. La cultura popular, el pensamiento y el sentido común, el individuo de las clases subalternas, la representación del poder, la transmisión de los valores y significados se convierten desde entonces en objetos que deben ser historiados con procedimientos y metodologías más flexibles y novedosas, empleando fuentes inexploradas e integrando conceptos y presupuestos teóricos acordes a lo que se pretendía.

En esta línea de investigación nos hallamos, partiendo desde el presupuesto de que la historia social es historia social y cultural, pues ambas dimensiones están conectadas, aunque no compartan las mismas lógicas. Esto nos permite dejar atrás la disyuntiva de una historia social de lo cultural o una historia cultural de lo social. De este modo, desde la perspectiva de la que partimos, es necesario articular dos niveles: el social, formado por las líneas fuerzas o discursos del poder; y el nivel cultural, constituido por las formas en las que esas consignas son vividas y convertidas en prácticas en la realidad individual o colectiva. Nos referimos a la realidad como una realidad que está representada social y culturalmente, pues, como bien nos advierte Roger Chartier (1992, 13-44), tenemos que observar las

tramas de significación que se imponen a los individuos desde las estructuras materiales y mentales, así como el diálogo activo que mantienen para dar sentido al mundo que les rodea; por ello, no podemos observar discursos y prácticas como compartimentos estancos.

No podemos negar que las vidas de hombres y mujeres, así como las identidades individuales y colectivas, están tejidas desde los preceptos de la moda de una época. No obstante, también es indiscutible que estos tejidos incluyen colores únicos y creativos que son los que verdaderamente forman social y culturalmente a los individuos. Es necesario dejar atrás el determinismo, el destino y la pasividad para poder defender la capacidad de acción y de creación de los sujetos históricos. De esta manera, se puede observar que tienen la capacidad para reinventar y particularizar sus prácticas al margen del orden impuesto por estas representaciones sociales, las cuales funcionan como un sistema para interpretar la realidad, orientan y organizan las relaciones, pensamientos y comportamientos que mantenemos con el mundo y con los demás, y fijan un conjunto de expectativas y preinscripciones. En palabras de Denise Jodelet (1989, 47-78), las representaciones sociales son tanto pensamiento constituyente (proceso) como pensamiento constituido (estructura), lo que corresponde a una manera de conocimiento socialmente elaborado y compartido con el propósito de contribuir a la construcción de una realidad común, o lo que conocemos como sentido común.

María José de la Pascua planteó en uno de sus trabajos (2019, 74-105) una vía metodológica y unos presupuestos teóricos básicos para tratar de acceder a esas representaciones sociales y establecer el hilo conductor entre la cultura y la cultura transformada en vida. Para ello recupera, entre otros, a Michael de Certeau y su positivismo en cuanto a la capacidad del individuo para gestionar y usar el consumo de lo cultural desde una perspectiva subjetiva, así como a Edward P. Thompson y su concepto de experiencia como agencia reflexionada (1989, 13-18). Además, esta historiadora se declara a favor del enfoque procesual y del concepto de prácticas autoformativas con el fin de acercarnos a la dimensión subjetiva de una historia protagonizada por sujetos históricos, es decir, «seres con capacidad de pensar, de reflexión/reacción racional y emocional y de expresión/comunicación» (2019, 83-84), explicando que no solamente el lenguaje constituye la realidad; también lo hace el diálogo que los seres mantienen constantemente con el mundo cultural que configura su realidad.

Sin apartarnos de estas lindes, en esta historia sociocultural, el género se presenta como una categoría de análisis más, junto a la edad, la clase, la raza, la religión, el estado civil y otras variables. Este es otro gran cambio que ha experimen-

tado la ciencia histórica desde los años setenta. Después, se comenzó a defender que en las labores del historiador se incluyeran tanto la identidad sexual como las relaciones entre mujeres y hombres como elementos que configuran la vida social y el cambio histórico. Así llegaba a su fin una historia construida por hombres y para hombres. No obstante, no se trata de excluirlos de la historia sexuada; más bien se busca la complementación desde un enfoque relacional, pues de lo contrario estaríamos ante una historia parcial y descontextualizada.

Joan Scott (1986, 1053-1075) fue pionera en encontrar tras el sexo al grupo, y abogó por la conveniencia de incorporar el concepto de género en el análisis histórico. De acuerdo con Scott, las prácticas y la agencia son reflejos del lenguaje, esto es, de los discursos, símbolos y representaciones que producen una semblanza de uno mismo. La identidad es un hecho social mediado por la experiencia, la cual está siempre mediada discursivamente. Esto no quiere decir que esté determinada por los discursos dominantes.

¿Acaso no existen los márgenes de la disidencia, resistencia o reelaboración frente al poder de las preinscripciones culturales?, ¿qué decir de la interacción entre lo permitido y lo vivido?, ¿dónde queda la agencia de los sujetos históricos? Es necesario que aclare que la noción de agencia femenina será utilizada de manera convergente a la de género, ya que las identidades no solo se constituyen a partir de las estructuras sociales y económicas, sino que también hay que considerar un complejo sistema de posesiones, parentescos, relaciones, derechos y obligaciones que definen una forma de estar y de relacionarse con el mundo (de la Pascua 2013, 104).

El género es una construcción social y cultural que determina cómo debemos vivir de acuerdo con nuestro sexo biológico. Teresa de Lauretis (1996, 8) ha introducido el concepto de *tecnología del género* para señalar que la sexualidad y el género no son elementos naturales del ser humano, sino el producto de un conjunto de efectos que esa tecnología produce en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales. Desde que venimos al mundo, ya sea en el presente o hace tres siglos, nos dotan de discursos, símbolos y representaciones; es decir, de códigos normativos que se transforman en nuestras herramientas más primarias para poder ordenar el mundo y dar sentido a las relaciones sociales entre hombres y mujeres. Como hemos indicado, los discursos no explican la realidad en su totalidad. Si tenemos una perspectiva sesgada por las normas y las preinscripciones socioculturales, siempre consideraremos a las mujeres como víctimas sin un proyecto histórico, tal como lo propusieron Simone de Beauvoir (1949/1998) y Friedan (1963). Ambas tienen algo en común en sus obras: la victimización, al

mostrar a las mujeres encerradas en sus hogares como si fueran jaulas metálicas de las que no podían escapar, salvo si despertaban de su letargo y se aventuraban a la esfera pública para reivindicar su posición y eliminar la desigualdad.

En la actualidad, la idea no es fomentar esa victimización histórica de las mujeres. Más bien, como nos recuerda Margarita Ortega (1996, 821), se trata de observar y analizar a hombres y a mujeres y la relación entre ambos, pero sin otorgarles a priori espacios, valores, comportamientos ni expectativas.

Además, queremos anotar cuán importante es la simbiosis entre el concepto de agencia femenina y el paradigma de la *acción situada* en la historia de las mujeres. Rosa Elena Belvedresi (2018, 5-17) plantea que las mujeres son agentes situados e históricos al igual que los hombres. Son agentes históricas porque tienen la capacidad de considerar el mundo desde un punto de vista propio, basándose en lo que les ofrece la realidad social en forma de repertorios comprensivos. Actúan, responden, reaccionan y modifican lo que se ha dado y heredado. Y como agentes situadas, toman acción y actualizan en respuesta a las condiciones de las estructuras políticas, sociales y económicas desde su propia agencia, aunque considerando los recursos disponibles. La capacidad está determinada por los medios simbólicos y materiales accesibles. En la época moderna, estos recursos variaban dependiendo de si las mujeres eran ricas o pobres, urbanas o rurales, blancas o negras, libres o esclavas, naturales o desplazadas.

Sin embargo, todas ellas tienen en común la posibilidad de resignificación y de crear sus propios caminos e itinerarios, independientemente de un destino preestablecido. No fue la heroína problemática, ni la dulce y humilde princesa, ni la esclava eterna. No se trata de enfocarnos solo en sus actos y modos de vida, ni tampoco de apartarnos de los discursos que influyen en la forma de ser, sino de considerar con seriedad la complementariedad entre lo social y lo cultural, la objetividad y la subjetividad, las normativas y las experiencias, lo dado y lo inventado, convirtiendo así la relación entre los sexos en una producción social más.

Las mujeres están ahí, presentes en todos los lugares y rincones; no importa dónde mires. En ocasiones son protagonistas, en otras tienen un papel secundario y a veces están escondidas detrás del telón. Así nos lo explican Natalie Zemon Davis y Arlette Farge en la introducción de uno de los manuales más célebres y rigurosos que se publicó en la década de 1990, el cual está totalmente dedicado a la Historia de las mujeres:

Allí donde se mire, allí está ella con su infinita presencia: del siglo XVI al XVI-II, en la escena doméstica, económica, intelectual, pública, conflictual e incluso

lúdica de la sociedad, encontramos a la mujer. Por lo común, requerida por sus tareas cotidianas. Pero presente también en los acontecimientos que construyen, transforman o desgarran la sociedad. De arriba debajo de la escala social ocupa el conjunto de espacios -salvo, por cierto, el de la guerra- y de su presencia hablan constantemente quienes la miran, a menudo para asustarse (1991, 6).

En efecto, construyen, transforman y destruyen porque estuvieron presentes. Desde el poder y la visión masculina, fue inventada y definida, y se le planteó un pequeño y limitado jardín en el que podía actuar. Este está cerrado para aquellos que observan a las mujeres desde una única imagen: la del ser débil e imperfecto que es descendiente de Eva, creado para desestabilizar el sistema establecido. O para aquellos que solamente la ven como la eterna y sedentaria vasalla, un simple depósito generacional. Ahora bien, ¿sedentaria?

Lo que pretendemos con este trabajo es plantear un tema general y complejo: la relación entre las mujeres con la movilidad y la migración hacia la ciudad de Cádiz, así como el vínculo que tienen estas con la pobreza, la falta de recursos económicos y el fracaso de las expectativas. Pero antes, queremos presentar, en forma de síntesis, algunas aportaciones teóricas y metodológicas que la historiografía ha realizado sobre ambos temas en general y sobre los sujetos femeninos en particular.

2. Más allá de los silencios: movilidad y pobreza femenina en contexto

¿Hubo movilidad en las sociedades preindustriales? Si es así, ¿cuál era la razón de sus desplazamientos? ¿Se debe considerar cada desplazamiento como una migración?, ¿cómo se ha tratado por parte de la historiografía?

Estas y otras cuestiones fueron emergiendo en las investigaciones acerca de los procesos migratorios desde los años setenta y ochenta del siglo pasado, con la finalidad de matizar la clásica imagen sedentaria de la población moderna, que había sido predominante hasta ese momento: una sociedad que muere en el terruño donde nació. En general, las migraciones no fueron investigadas en el contexto histórico que nos interesa hasta más tarde, pues en un primer momento la historiografía europea se centró en el tráfico de mercancías y en las migraciones transatlánticas.

Fue en la década de los setenta cuando los estudios sobre los desplazamientos poblacionales empezaron a aproximarse a las migraciones internas y de radio medio de las gentes humildes y anónimas, ya que se dejó atrás la idea de que estas no

tuvieron un impacto demográfico significativo hasta el siglo XIX. Esta apertura generaría un cambio trascendental, pero fue un verdadero desafío. En primer lugar, porque fue necesario clasificar y cuantificar con técnicas macroestadísticas. En segundo lugar, porque hubo que dar más prioridad a las cuestiones más básicas que a las más atractivas. Además, debemos tener en cuenta que, al menos en España, las migraciones internas no originaron ninguna documentación hasta el siglo XIX.

De todos modos, todo esto llevó a que aumentaran los estudios de las migraciones durante la década de los ochenta. En estos años se estableció la idea del proceso migratorio como un marco interpretativo global y se utilizó la tipología como herramienta (Rey 2021, 20). Era indispensable contabilizar y clasificar para poder establecer una mecánica migratoria. Esta búsqueda no resultó negativa, pero planteó algunos inconvenientes, entre ellos que el análisis y estudio de las migraciones en las investigaciones históricas estuviera ligado a la perspectiva de la historia demográfica (que a su vez se apoya en un criterio económico).

El interés se logró para averiguar los aspectos que respondían, sobre todo, a tres cuestiones: cuántos se desplazaban, cuánto tiempo y hacia dónde iban. De este modo, se vinculó el compartimiento de los movimientos migratorios a la relación entre población y recursos, al entender que los movimientos de población eran un fenómeno mecánico que se daba por igual en todas las sociedades y por motivos económicos similares (demanda laboral y diferencias salariales entre las diferentes regiones). Sin embargo, no se mencionó la relevancia de otras variables asociadas con lo social y lo cultural (de la Pascua 2013, 171-183).

Es importante considerar, además, que el análisis de las migraciones en las sociedades del Antiguo Régimen se vio afectado por otro problema en este contexto inicial: la confirmación o la negación de la existencia de movimientos de población durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Por ejemplo, la historiografía francesa tradicional consideraba que las poblaciones modernas eran esencialmente sedentarias, puesto que el enfoque con el que se trabajaba afirmaba que el fenómeno migratorio no tuvo una relevancia cuantitativa significativa. Sin embargo, esta idea de sedentarismo se originó en parte por cómo se interpretaba el concepto de migración, considerado como un desplazamiento que implicaba el desarraigo y la ruptura total con el espacio de origen de los protagonistas. No obstante, J. P. Poussou (2002, 15-38) señala que, aunque esta idea es verdadera, la imagen de inmovilidad no toma en cuenta el concepto de micromovilidad, ya que, si los individuos no experimentan una ruptura, no se les puede considerar como una migración en sentido estricto. Así que, considerando la micromovilidad, nos re-

vela una Francia con un elevado volumen de movimientos de corta distancia y de carácter local, que eran parte de un auténtico estilo de vida.

Es crucial debatir la diferencia entre movilidad y migración, que todavía existe, para desechar el sedentarismo fijo e inmutable de las sociedades preindustriales. No obstante, ha surgido otro debate, relacionado con el concepto de migración. Esta noción, que implicaba una ruptura con el espacio de origen, también ofrecía una visión simplista, puesto que, según lo que Rosental (1990, 1403-1431) ha mostrado en sus investigaciones acerca de la relación entre los migrantes y el espacio, podemos diferenciar dos tipos de migraciones: las de mantenimiento y las de ruptura. Su muestreo no es significativo, y hay quien lo tacha de sobredimensionar la tarea del historiador. Sin embargo, en mi opinión, tiene razón al hacer esta diferenciación porque existen evidencias suficientes para observar a individuos que en un momento determinado abandonan su lugar de origen, pero sin romper los vínculos y las expectativas que los mantienen conectados con él. Además, es importante señalar que la complejidad de los movimientos migratorios es tan profunda que hay trayectorias de vida marcadas por la migración que se sitúan entre el mantenimiento y la ruptura, sin ser posible ajustarlas a ninguna de las dos. O tal vez haya sido una manera de estar a la espera para obtener una oportunidad en su pueblo de origen, como Giovanni Levi (1990, 1351-1364) ha demostrado con la migración de los artesanos que se dirigían a Turín durante los siglos XVIII y XIX.

De modo que, dentro de la tipología de los desplazamientos humanos, nos centraremos en la micromovilidad femenina, ya que ha sido pasada por alto por las investigaciones relacionadas con los desplazamientos poblacionales. Asimismo, deseamos verificar si la mayoría de las forasteras que llegaron al Cádiz moderno eran mujeres procedentes de los núcleos más próximos. Más tarde volveremos a abordar este asunto.

Sea como fuere, estos avances no incorporaban todas las perspectivas, lo que llevó a la reorientación y redefinición de la investigación en la década de los noventa con el fin de aliviar los problemas causados por los determinantes metodológicos. Entre 1991 y 1995, se celebraron una serie de congresos que fueron cruciales para abrir nuevos horizontes. En primer lugar, se acordó prestar menos atención a los grandes movimientos respecto a las migraciones internas de corto o medio alcance. En segundo lugar, se aceptó que los grandes movimientos transoceánicos eran precedidos por otros de menor alcance en términos geográficos y temporales. En tercer lugar, se comenzó a trabajar con fuentes no demográficas, principalmente de carácter social (Rey 2021, 21-22). Todo ello evidenció

las carencias de abordar las migraciones exclusivamente desde una perspectiva cuantitativa y a través de variables económicas o demográficas. Así, los postulados universales fueron ampliándose, emergiendo nuevas casuísticas que iban más allá de la cuantificación, de la clasificación clásica y del determinismo demográfico.

En las migraciones internas de Europa, también se vieron involucradas muchas personas debido a los componentes culturales, el mantenimiento del estatus o el prestigio, el sistema de herencias, las redes sociales que constituyen el capital social, la monopolización de ciertos oficios a partir del parentesco y el clientelismo (Fontaine 1998, 351-369) o el mercado matrimonial (Santillana y Blanco 2011, 35-51).

Todo esto se complementa con otros cambios metodológicos, siendo quizás el más significativo la inclusión de la reproducción social diferenciada mediante la introducción del concepto de «toma de decisión», pues, ¿cómo podemos, entonces, explicar por qué algunos individuos o grupos emigran y otros no, si enfrentan dificultades similares?, ¿no implica acaso desplazarse una decisión reflexionada y construida? La experiencia en el ámbito académico ha confirmado que no es posible intentar analizar la movilidad y las migraciones a partir de conceptos rígidos, modelos complejos y teorías universales.

Las mujeres, pese a estos progresos, continuaron en un segundo plano. Y hoy, como consecuencia de ello, queda mucho por hacer. Hasta la década de los setenta, las teorías migratorias no contemplaban a las mujeres como parte activa en el proceso migratorio, ni tenían en cuenta los patrones diferenciales por sexo. ¿Por qué centrarse en los movimientos femeninos si apenas se movieron? ¿No es cierto que la esfera productiva ejerce más influencia sobre el hombre y la reproductiva sobre la mujer? Estas cuestiones promovieron la falta de participación femenina en las grandes teorías, pero el género, como sistema social, condiciona cada uno de los procesos migratorios. Por tanto, deben ser consideradas en toda su diversidad como sujetos principales en el proceso migratorio.

En un principio, el género se incluye como otra variable a analizar, al igual que la edad o el estado civil, hasta que, después de pasar de un milenio a otro, es considerado un componente esencial (Rey 2021, 18). La situación social de Europa fue, en cierto modo, lo que suscitó un mayor interés por reflexionar sobre las migraciones femeninas, ya que estas han sido las grandes protagonistas de los movimientos migratorios en las últimas décadas. En España, aunque el recorrido bibliográfico está en constante aumento, su historia es relativamente corta. Para comprender que muchos de los problemas y cuestiones actuales nos permiten acercarnos al pasado, especialmente al periodo moderno, son fundamentales

algunas investigaciones enfocadas en las décadas más recientes (Aubarell 2000, 391-413; Catarino y Mirjana 2005, 7-27).

En cuanto a la toma de decisión, un factor importante que debemos tener en cuenta, Eva Jiménez Julià sostiene que el análisis de los factores macro es igual de importante que el de los micro, pues se debe considerar la situación del individuo en el proceso de decisión y su posición en la estructura familiar y en las relaciones de poder establecidas en ella. Posteriormente, mediante un esfuerzo globalizador, se debe intentar comprender cómo todos esos elementos interactúan entre sí, lo cual se conoce como modelos multinivel. En otras palabras, ya no se trata de estudiar por separado los factores socioculturales y las características personales; más bien, es necesario encontrar los vínculos entre lo macro y lo micro (1999, 239-263). Creemos que este presupuesto es muy relevante al considerar la toma de decisiones, pues al tener en cuenta todos los niveles, se hace evidente esa diferencial entre la migración masculina y femenina y cómo se llevarán a cabo.

Además, situar la movilidad junto a las migraciones ha sido otro de los factores decisivos para aceptar que la sociedad preindustrial se caracterizaba por la existencia de una alta movilidad de corto radio, la cual se encontraba enraizada en su propio funcionamiento y en la cual las migraciones eran una pieza fundamental, tanto si se iban como si se quedaban. Múltiples razones condicionan este dilema, y cuando nos referimos a las mujeres, las condiciones que cambian no solo se limitan a los efectos de la demografía o la familia, sino que también se incluye toda una serie de factores sociales, culturales y económicos que tenían un impacto sobre los hombres (Rey 2008, 39-68). Por lo tanto, es importante enfatizar que la inclusión de las mujeres en el proceso migratorio debe ser abordada en toda su especificidad y no a través de los presupuestos teóricos tradicionales que han definido las migraciones masculinas.

La movilidad femenina no es algo nuevo, pero sí lo es su investigación. Creemos que este tipo de estudios puede enriquecer la historia de las mujeres porque, desde una perspectiva social y cultural, inciden en la jerarquización de género. Observamos que ellas participan en los procesos migratorios de forma diferente a los hombres, con sus propios problemas y soluciones, aunque se encuentran en un contexto con menor protección y más restricciones a la hora de decidir si irse o quedarse. Las mujeres, como miembros de una unidad doméstica, estaban supeditadas a sus necesidades y bajo la responsabilidad de sus padres, esposos, hermanos, tíos, abuelos o tutores. Por lo que su salida a veces podía formar parte de las estrategias de la unidad doméstica, donde descansan las relaciones de reproducción, las relaciones ideológicas de género y las relaciones de poder.

Una de las famosas leyes sobre migración que Ravenstein estableció en 1885, «entre los migrantes de corta distancia parecen predominar las mujeres, mientras lo contrario ocurre entre los de larga distancia» (Arango 1985, 13), ha resultado ser fundamental, pues su validez apenas puede ser discutida. De ahí la importancia del estudio de las migraciones internas para su visibilidad. La historiografía española se caracterizó durante mucho tiempo por el escaso interés en las migraciones internas. En primer lugar, debido a la falta de fuentes que aborden los desplazamientos internos de las gentes más humildes; por esa razón se han utilizado otros tipos de fuentes más indirectas, como los libros de difuntos, las dispensas y partidas matrimoniales o las fuentes hospitalarias. Y, en segundo lugar, porque la gran migración transatlántica fue entendida como un proceso migratorio de primer orden, cuyas fuentes para su estudio son más completas y directas. Podríamos decir que la gran migración a Indias ha sido la pariente rica en la historia de los desplazamientos de población, en detrimento de las migraciones internas.

La gran migración comienza con la llegada de los castellanos al Nuevo Mundo en 1492. No solo debieron inventar un nuevo modo de vida para afrontar una realidad social, política, religiosa, ideológica, racial y económica hasta entonces desconocida; antes que nada, tuvieron que confrontar y redescubrir el desconocido y misterioso océano Atlántico: un espacio temido y respetado por muchos durante el medievo (Morgado 2008, 139-154). Alain Hugon (2019) ha publicado un estudio profundo y detallado sobre lo que significó esta gran migración. No obstante, para adentrarnos de manera más precisa en la migración femenina, debemos atender otras investigaciones complementarias, como las realizadas por Ida Altman (1988, 170-190; 2001, 21-45), Amelia Almorza (2005, 2-18; 2010, 695-704), Antonio García-Abásolo (1989, 91-110), María Monserrat León (2014, 65-74) o Liliana María Gómez (2015, 177-191). Todos estos estudios tratan de resaltar la importancia que tuvieron las mujeres en la colonización y el poblamiento del Nuevo Mundo.

Hoy día, las monografías sobre las migraciones internas en la España moderna han facilitado la comprensión de numerosos asuntos relacionados con la tipología, los ritmos del flujo migratorio, las zonas de expulsión y recepción, las casuísticas, etc. Los estudios realizados por el historiador Antonio Eiras Roel (1991; 1994) desde la demografía histórica son muy significativos, y fundamentalmente su análisis sobre la movilidad peninsular en el siglo XVIII, basado en los datos del Censo de Floridablanca. Esto se debe a que distribuye las 32 provincias españolas en tres zonas: provincias de emigración, zonas de inmigración y áreas cerradas. También nos advierte acerca de la notable complejidad y singularidad que el fe-

nómeno migratorio presenta, sugiriéndonos que es bastante difícil de aprehender en todas sus vertientes (1989, 615-633).

En cuanto al espacio que nos compete, la Baja Andalucía, ejerció una gran fuerza de atracción a lo largo de la Época Moderna, convirtiéndose en un refugio para los miserables y en un imán para los ambiciosos. Andalucía no adquirió una especificidad determinada como conjunto, desde un punto de vista demográfico, migratorio o sociocultural, a pesar de sus aspectos comunes; el sur andaluz y su parte más occidental, desde una perspectiva migratoria, fue una región receptora de una significativa población proveniente de fuera durante el periodo moderno (Domínguez 1994, 357-379). Es a partir del siglo XVI cuando empieza a circular la imagen de Andalucía como una tierra de promisión y riqueza, siendo Sevilla y Córdoba las ciudades que ejercerán una mayor atracción migratoria. No obstante, a partir de 1680, cuando la ciudad de Cádiz se convirtió en sede de la cabecera de flotas de Indias, este flujo migratorio cambió su rumbo. Entre 1680 y 1778, la ciudad experimentó un saldo demográfico positivo debido al considerable movimiento (masculino y femenino) que se produjo hacia ella.

Ofelia Rey considera que Fauve-Chamoux realizó una de las contribuciones más realistas desde un punto de vista teórico cuando clasificó la movilidad femenina en cuatro categorías: la de la miseria, la del pan, la familiar y la de las élites (2021, 25). En nuestro observatorio gaditano, debieron confluír este conjunto de movimientos: para buscar trabajo por las calles, huir de la presión familiar o encubrir un posible embarazo, niñas y adolescentes llevadas por sus padres, desplazamientos de familias adineradas persiguiendo los placeres de esta tierra, esposas abandonadas que siguen la pista de sus maridos ausentes, etc.; no obstante, a nosotros no nos interesan las causas por las que las mujeres abandonaron sus casas, ni tampoco las consecuencias generadas en el espacio de donde procedían. Estamos más bien buscando pistas para conocer qué situación acaban teniendo las desplazadas en una ciudad como Cádiz y las posibles opciones que tenían en ella para salir hacia adelante. Es evidente que nuestro principal objetivo es visibilizar este colectivo, pero nos centraremos fundamentalmente en aquellas que no lograron cumplir con sus expectativas. Por esta razón, el tema de la pobreza tiene un papel importante a lo largo de esta investigación. El fenómeno de la pobreza, sus causas y los medios para combatirla, así como el de las migraciones, conforman una realidad que está al día y que también presenta ciertas similitudes que nos permiten indagar en el pasado.

Al igual que la historia de las migraciones, la historiografía sobre la pobreza y la caridad en la época moderna, comienza a surgir en los últimos años del siglo

pasado, al calor de una nueva historia social que tenía la intención de restituir el protagonismo a los sujetos históricos que habían sido silenciados. El análisis histórico tomó dos direcciones: por un lado, el estudio del pauperismo vinculado con las estructuras y coyunturas económicas (Gutton 1974); por el otro, el análisis de las posturas sociales ante la pobreza y de las acciones legislativas y asistenciales que las sociedades emplearon para hacerle frente (Geremek 1989). Durante estos años, se demostró que la formación del mundo moderno y la transición del feudalismo al capitalismo tuvo sus costes en forma de pauperización y políticas más represivas para controlar a la población marginal (Bolufer 2002, 106).

Desde el primer momento, la historia de la pobreza ha sido un campo en el que se pueden entrelazar la historia social y la historia cultural, sin distinciones rígidas, pues los estudios incluyen temas dispares y variados que abarcan desde el pauperismo hasta las actitudes colectivas. Podemos afirmar que la pobreza es un fenómeno social en el que participan los hombres y las mujeres que conforman las sociedades, sin embargo, el entramado de significados que le damos pertenece, sin duda, a lo simbólico y a lo cultural. Sucede cuando tratamos de responder a las preguntas: ¿qué es la pobreza? o ¿quién es un pobre? La pobreza implica una serie de valores que han determinado ciertas respuestas sociales (Woolf 1990, 96), lo que explica por qué se considera que es un concepto relativo, ya que depende en gran medida de las expectativas que una sociedad concreta tiene sobre sus necesidades y carencias.

Historiadores, y los propios contemporáneos, han dedicado todos sus esfuerzos a definir y clasificar la pobreza y a los pobres con el objetivo de dar orden a un complejo entramado de realidades. Michel Mollat apuntó que pobre es «aquel que, de manera permanente o temporal, se encuentra en una situación de debilidad, de dependencia, de humillación, caracterizada por estar privado de los medios de potencia y de consideración social». Según Carmen López Alonso, pobre es «quien se halla caracterizado por una situación material de menoscabo o desamparo, a la cual se añade un sentimiento individual o colectivo de impotencia para salir de la misma». Mientras que para Juan Ignacio Carmona, pobre es «todo aquel individuo necesitado de ayuda [...] por la precariedad de sus condiciones de vida, por la situación social en la que se encuentra, por padecer ciertos defectos físicos o mentales, por cuestión de edad o sexo». En el siglo XVI, Juan Luis Vives lo veía de esta manera: «Todo el que es menesteroso de ayuda ajena es pobre y ha menester misericordia»; o don Miguel de Mañara, en el siglo XVII, al considerar como pobres a «todos aquellos individuos que, por incapacidad

personal o por circunstancias o catástrofes sociales, no podían procurarse con su trabajo el propio sustento»¹.

La complejidad de esta realidad hizo sentir que no bastaba con buscar la definición de pobreza, por lo cual los historiadores también trabajaron para diferenciar a los pobres con precisión etimológica, al igual que sus contemporáneos. Quizás la distinción más conocida sea la elaborada por Stuart Woolf entre pobres coyunturales y pobres estructurales (1989). Pero no es el único intento. Pedro Carasa Soto, en uno de sus trabajos, escogió hacer una distinción entre los pobres estables y los pobres errantes o vagos (1987, 131-150).

Por lo tanto, cuando trabajamos con la pobreza y con las personas pobres, nos referimos a la gran mayoría de la población. Con frecuencia, el criterio distintivo ha sido el económico; pero hoy este viejo discurso ha quedado atrás. También se ha establecido la necesidad de enfocarla a partir de la experiencia de los pobres y sus estrategias de vida para observarlos como individuos que estaban insertos en redes sociales y relaciones familiares, comunitarias y clientelares que sobrepasaban el simple concepto del umbral de la pobreza. Además, es una victoria de la historiografía actual considerar la pobreza como una realidad dinámica, móvil y de difícil aprehensión, pues la línea que separa a los pobres del resto es un espacio fluctuante que se puede atravesar en diferentes etapas del ciclo de vida. De ahí que se cuestione una tipología de la pobreza fundamentada en una perspectiva estática.

Se intentó calcular ese umbral (Soubeyroux 1980, 7-227), pero resultó insuficiente porque solamente se consideraron los ingresos económicos del cabeza de familia. Por esta razón, es importante realizar un ejercicio de aproximación desde una perspectiva dinámica que entrecruce el ciclo familiar, el ámbito laboral y las representaciones sociales y las medidas aplicadas, pues hace emerger la diferencia de opciones, actuaciones y expectativas en función del género y del sexo (Carbonell 1990, 124).

La perspectiva de la diferencia entre los sexos ha demostrado que, en el transcurso de la historia, la organización social ha llevado a cabo diversas formas de asistencia, control y represión basadas en el sexo. Por tanto, y al igual que ocurre en las migraciones, la experiencia de la pobreza es distinta dependiendo del sexo y otros factores como la edad o el orden de nacimiento.

¹ Todas las citas recogidas en este párrafo han sido extraídas de: Carmona, Juan Ignacio. *El extenso mundo de la pobreza: La otra cara de la Sevilla Imperial*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1993: 19-23.

El planteamiento de la época es básico: el hombre que, en el Antiguo Régimen, salía de su hogar estaba relacionado con el trabajo, la exploración y las aventuras. Sin embargo, su contrario, la mujer que salía, suponía un peligro y un problema moral por el riesgo de perder su honestidad. Al mismo tiempo, se asociaba al hombre pobre con el vagabundeo y la ociosidad; en cambio, la indigencia económica de las mujeres estaba nuevamente vinculada con la degradación moral y la pérdida de la honestidad. Por este motivo, las mujeres mostraban una inclinación hacia el ingreso en instituciones de asistencia o a recibir ayuda domiciliaria, ya que eran más propensas a vivir situaciones de pobreza y miseria.

Los hogares formados por mujeres que viven solas o con otras mujeres, creando unidades familiares o domésticas no conyugales, han permitido cuestionar y enriquecer las teorías acerca del ciclo familiar de la pobreza que determinan un riesgo más alto de pobreza para las mujeres en situaciones de muerte, abandono o ausencia temporal del cabeza de familia (Carbonell 1990, 128). Además, aunque dentro de la familia la distribución y el acceso a los recursos no eran equitativos, los estudios feministas han demostrado que las mujeres, con su trabajo, han contribuido a la producción, el consumo y la reproducción desde siempre, desempeñando un papel decisivo para la economía familiar (Carbonell 2005, 237-262), aunque con diferencias según nos situemos en un contexto urbano o rural.

Ahora bien, la conexión entre pobreza, pérdida de honestidad o prostitución e intervención asistencial es más compleja y menos directa que lo que indicaban los discursos. Al igual que la relación entre la movilidad y la degradación moral. Desde la Contrarreforma, el Estado, la Iglesia y la sociedad se esforzaron por controlar y definir la sexualidad en general, y en especial la femenina (Wiesner-Hanks 2001). La piedra angular de la sociedad moderna estaba en juego: la custodia del honor femenino. Este papel disciplinario y de control existía, pero principalmente en los discursos, ya que las prácticas se dirigían más bien a evitar o arreglar situaciones anómicas. Hoy, el paradigma disciplinario está siendo cuestionado, ya que, como apunta Julie Hardwick en el caso de las mujeres maltratadas (2006, 1-36), pese a la misoginia del mundo corporativo del Antiguo Régimen, la comunidad vecinal o las instituciones y sus agentes ejercían un papel protector ante la vulnerabilidad femenina, más que una actuación disciplinaria.

Este hecho no quiere decir que la tradición clásica, judeocristiana y feudal no haya transmitido ciertas diferencias en el seno de las sociedades, incluida la distinción entre hombres y mujeres. Ambos eran distintos y desiguales; superiores e inferiores; racionales e irracionales. Debido a sus particularidades, debían

responder ante la sociedad de manera distinta. De esta manera, en la mujer, la base de su valoración y estima se basaba en la ausencia, el control, la contención o el disciplinamiento de su sensualidad y carnalidad (Candau 2014, 13). Además, aunque es genérico, se individualiza en el seno familiar, es decir, el honor se vuelve doméstico, razón por la cual su principio integrador se encontraba en el hogar. Los discursos misóginos erigieron las imágenes de las mujeres imaginadas como pecadoras, débiles e inferiores, tentadoras, de temperamentos fríos y húmedos; por ende, su propia naturaleza las transformaba en el elemento humano más propenso a la disolución social.

Asimismo, los diferentes conceptos de mujeres y sus elaboraciones se construyeron desde la perspectiva de la diferencia. Estos no solo fueron concebidos según el estado adquirido, sino también para responder a la posición alcanzada o heredada socialmente. No obstante, la reputación de todas se evaluaba en función de un sistema de valores relacionado con su sexualidad y con la ausencia de unas relaciones que guardaban exclusivamente para el varón, guardián del sistema. Cuestión que ciertamente causó revuelo en la sociedad de la época, como se expresa en los numerosos procesos y pleitos que hombres y mujeres llevaron ante la justicia durante la edad moderna. Los pleitos matrimoniales constituyen el alma de la justicia eclesiástica (Candau 2020, 190). El honor vestía y desvestía a las mujeres, daba y quitaba valores, comportamientos y atributos, de acuerdo con su conducta, o más bien con su conducta sexual. La obediencia, la humildad, la modestia, la discreción, la vergüenza, el retraimiento, la estabilidad, la donceller y la pureza fueron algunas de las virtudes sugeridas para evitar ser señaladas y perjudicar su nombre y el de sus familiares; pero, como hemos comentado, a pesar de los discursos y la misoginia existente, las mujeres estaban más protegidas que en la sociedad civil y atomizada de la modernidad liberal.

La Contrarreforma impulsó la creación de muchas fundaciones eclesiásticas y privadas con el propósito de establecer una asistencia particular para las mujeres, basada en salvaguardar o recuperar el honor familiar, que, como hemos mencionado, descansa y reposa en la virtud sexual femenina: obras pías para proporcionar una dote a doncellas pobres para que se casaran o a viudas para que ingresaran al convento, casas de arrepentidas, hospicios, hospitales, refugios, casas de trabajo, etc. Entre sus muros, convivieron mujeres con distintas condiciones y experiencias de vida; algunas sin una identidad social definida y sin vínculos, y otras ingresaban por voluntad propia o arrastradas por sus parientes o familiares. No obstante, en esta compleja red de instituciones de beneficencia y caridad cristiana se puede hallar algo en común: el temor a la pérdida o carencia temporal

del honor de las mujeres, dado que la pobreza estaba asociada con la degradación moral, y esta última con la deshonestidad, la mala vida y la prostitución.

A lo largo de estas páginas, la beneficencia tendrá un papel muy destacado, pues fue un recurso de gran valor que la comunidad ofrecía a aquellas personas con problemas familiares y económicos, aunque no a todas, como se verá. No se trata de quedarnos en lo superficial, sino de profundizar en una lectura cultural de lo social para descifrar los códigos y significados de la aparente protección de las instituciones, ya que no solo revela una experiencia diferencial, sino que se puede observar cómo la sociedad deposita determinados valores sociales según el sexo. Salir del paso no era fácil, pero tampoco imposible. La vida no se definía únicamente por los discursos, los prejuicios y las convenciones socioculturales, pues ellas también eran participantes de una continua interacción con su contexto social y cultural, al igual que los hombres.

Es posible que el nexo que hemos encontrado entre los dos temas que tratamos, migraciones y pobreza femenina, sea que los dos fenómenos generan situaciones de inquietud moral y una ruptura social que evidenciaba el fracaso de las familias y de la comunidad por no poder impedirla. En la mentalidad de la edad moderna, la migración y la alteración de costumbres se asocian, lo que resulta desfavorable para las mujeres, al igual que el vínculo entre la pobreza y la degradación moral. Numerosas mujeres de nuestra muestra se enfrentaron a este doble discurso debido a su condición de forasteras y pobres en un entorno que desconocían y que les era hostil. De modo que tanto la pobreza como los movimientos migratorios han suscitado en el pasado un verdadero laberinto de suposiciones culturales que dan forma a ciertas respuestas y experiencias.

A pesar de que las mujeres del sur parecen tener más estabilidad y dedicar más tiempo a las labores domésticas, muchas de ellas abandonaron sus casas movidas por diversas situaciones hacia Cádiz, una ciudad rica en oportunidades. ¿Acaso las mujeres foráneas no participaron en la regeneración poblacional de una de las ciudades más importantes para la monarquía hispánica durante el periodo moderno? ¿Consiguieron sus expectativas una vez establecidas en la sociedad gaditana?

Las protagonistas del trabajo que estamos presentando son las mujeres que se han desplazado en un momento determinado de sus vidas y se encuentran en la ciudad de Cádiz entre finales del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII, las cuales, además, enfrentan una situación económica precaria. Nuestra hipótesis de partida es que Cádiz fue una ciudad que atrajo a muchas mujeres por una compleja red de razones, por lo que aportaremos evidencias para empezar a

aceptar que ellas también se desplazaron, fundamentalmente desde zonas rurales cercanas y circundantes a la actual capital de la provincia gaditana. Esta hipótesis está ligada a otra: muchas de estas mujeres vieron sus expectativas, esperanzas y sueños desmoronarse porque tuvieron que conformarse y adaptarse a vivir de las migajas de El Dorado americano.

Por otra parte, esta investigación, con el objetivo de elaborar una prosopografía de estas mujeres desplazadas, utiliza los métodos de la sociología. Además, se reconstruyen trayectorias de vida de algunas de ellas con el fin de escapar de la perspectiva de la historia social clásica para adentrarnos en una historia social y cultural en la que lo individual y lo colectivo se relacionan. Una de las razones por las que consideramos que esta investigación es conveniente es porque tenemos la intención de utilizar, junto a la metodología cuantitativa para analizar la magnitud del fenómeno, el microanálisis. Esta herramienta metodológica nos ha permitido rastrear memorias de vida femeninas e instantáneas fijas, así como interpretarlas para poner en relieve elementos que a simple vista parecen insignificantes, pero que realmente tienen una gran trascendencia en el devenir histórico de un contexto espacio-temporal específico.

Para historiar estos temas desde una perspectiva de género, hemos recurrido a una bibliografía historiográfica densa y rigurosa que gira en torno a las migraciones, la pobreza y la beneficencia, así como a documentos de la propia época, como piezas literarias o escritos de avisos y consejos de carácter moral. No obstante, es importante señalar que en este proceso de selección y lectura de la bibliografía existente, observamos ciertas carencias en cuanto a la relación entre las mujeres y las migraciones en las sociedades preindustriales. Por otro lado, hay más estudios sobre el tema de la beneficencia y la pobreza femenina, aunque aún queda mucho por hacer. Esta es la razón principal por la que los trabajos de Ofelia Rey han sido fundamentales para el engranaje teórico de esta investigación. Los iremos citando a lo largo de los capítulos que siguen.

En cuanto al contexto espacio-temporal que estudiamos, existe un vacío significativo de estudios enfocados en la presencia de las mujeres migrantes y desplazadas que, como los hombres, contribuyeron a perfilar el rostro de la ciudad; también son escasas las investigaciones acerca de la pobreza femenina y la beneficencia, lo cual nos resulta paradójico si consideramos que en el Cádiz moderno una gran parte de sus instituciones asistenciales estaban destinadas a ayudar a este colectivo de menesterosas.

La complejidad de registrar el movimiento, así como las limitaciones que ofrecen unas fuentes que no se diseñaron para registrar y controlar los despla-

mientos, son las razones principales del atraso en el estudio de la movilidad femenina. Además, se cuenta con una mayor información sobre los movimientos de larga distancia, que son más masculinos, en comparación con aquellos de medio o corto radio y menor duración, en los que ellas tenían una mayor relevancia. De ahí que nos centremos en la micromovilidad femenina en este estudio, pues los movimientos de media y corta distancia son los más complejos de documentar, dado que no se controlaron en España hasta el siglo XIX. Ofelia Rey explica muy bien que el problema principal para estudiar la movilidad femenina es que: una mujer joven, sana y sola, que no se establezca en una casa, una aldea o una ciudad; que no enferme ni ingrese en hospital; que tenga un hijo sin registrarlo; que no se case; que no cometa un delito; que no firme un contrato laboral o fallezca sin anotarse su muerte, etc., pudo haber estado yendo y viniendo sin dejar rastro documental (2021, 49), por lo que es necesario trabajar con una documentación diversa y emplear un método capaz de:

[...] identificar fuentes válidas y tratar los datos de modo que permitan observar el sistema, inestable por definición, de interacciones económicas, demográficas, sociales, espaciales y temporales, en el que la alteración de cualquier elemento puede suponer un reajuste, y en el que la perspectiva de género complica más su explicación (Rey 2021, 48-49).

3. Las fuentes y el método: el muestreo

Si viéramos este estudio como un cuerpo humano, la columna vertebral sería la documentación que procede de los fondos del Archivo Histórico Diocesano de Cádiz, concretamente el registro hospitalario de las enfermas atendidas en el Hospital de mujeres de Nuestra Señora del Carmen entre 1668 y 1760. Hemos ubicado nuestro estudio en este periodo de tiempo porque coincide con la época dorada de Cádiz, debido al desarrollo de su expansión comercial, lo cual genera en su sociedad opulencia y prosperidad, factores que atrajeron a muchas personas procedentes de fuera. Y es esta prosperidad la que nos lleva a preguntarnos: ¿fue Cádiz la ciudad de las oportunidades o debemos matizar esta imagen tan plastificada por la historiografía? ¿Qué representaban los movimientos femeninos? ¿Fueron simples desplazamientos de supervivencia?

Se han empleado los registros hospitalarios e instituciones de acogida para conocer la sociología de los forasteros de ambos sexos, ya que no solo reflejan la inmigración en las villas y ciudades, sino también los desplazamientos de aquellos

individuos que finalmente retornaban a sus espacios de origen o se iban a otros lugares, cuyo destino final nunca llegaremos a conocer. Para ello, es necesario tener en cuenta el tipo de hospital y su localización. Se han empleado los registros y las anotaciones de una amplia red de instituciones hospitalarias ubicadas en el centro peninsular para determinar el perfil de los usuarios. Se ha observado que las diferencias porcentuales entre hombres y mujeres no son muy elevadas en el registro de entradas, aunque, en general, la balanza se inclina hacia el sexo masculino.

Las causas de este hecho se argumentan desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, es importante tener en cuenta la finalidad de los hospitales, que en su mayoría eran simples refugios destinados a proporcionar descanso a los peregrinos, a los forasteros y a los necesitados. Esto se conecta con el hecho indiscutible de que los hombres eran más propensos a desplazarse con respecto a las mujeres, especialmente respecto a la movilidad laboral del sistema económico del centro peninsular; por eso había una presencia más alta de forasteros. En cuanto a ellas, predomina una movilidad autóctona de mujeres proveniente de la misma provincia o de las zonas limítrofes (Pérez 2018, 91-134).

El hospital de San Antonio Abad sobresalió entre 1728 y 1896 por su asistencia y hospitalidad en la provincia de León, donde ingresaban más mujeres que hombres, a diferencia de otros centros de las provincias cercanas² (55,8 % frente a un 44,2 %). Esta circunstancia se debe a un mayor sedentarismo del sector poblacional femenino y a una elevada presencia de usuarios autóctonos, quienes son por lo general mujeres (Martín y Pérez 2007, 171-173).

En nuestro caso, nos encontramos ante una institución hospitalaria especializada exclusivamente en curar y cuidar a las mujeres enfermas y pobres de la ciudad de Cádiz. La cuantificación de las migraciones femeninas hacia la ciudad no nos permite conocer con precisión ni el flujo ni la evolución de estas, pero sí que podemos determinar el peso de este colectivo y, lo más importante, hacer visible su presencia. Además, hay que tener en cuenta que solo figuran aquellas que se encontraban en una situación de pobreza, miseria y/o marginación, razón por la cual es un colectivo femenino conformado por las que no contaban con los recursos suficientes para contratar atención médica o adquirir medicinas, o por las que nunca encontraron un lugar donde morir dignamente, o bien por forasteras y

² En el hospital de San Antolín, de Palencia, destacan los ingresos masculinos: 51,3% son hombres y 48,7% son mujeres; en el hospital de Santa María de Esgueva, de Valladolid, los hombres representan el 57% y las mujeres el 43%. Hemos obtenido estos datos del trabajo que sigue: Martín, Alfredo y Pérez, María José. «Hospitalidad y asistencia en la provincia de León a finales del Antiguo Régimen (1728-1896)». *Dynamis*, n.º 27 (2007): 171.

errantes sin arraigo que iban y venían. Es importante subrayar que el Hospital de Nuestra Señora del Carmen es la única institución asistencial y sanitaria de estas características que tiene la ciudad y su *hinterland* rural.

En la época moderna, ricos y pobres experimentaban la enfermedad y la muerte de forma diferente, pues los primeros podían acceder a tratamientos y medicinas, así como sanarse y fallecer en la tranquilidad de sus casas, mientras que los segundos no podían acceder a tratamientos médicos ni medicinas de manera inmediata, de modo que terminaban acudiendo a las deficientes instituciones para no perecer en el intento. Diversas fueron las trayectorias y experiencias que confluyeron en dicha institución, al igual que los motivos de los ingresos. Debemos considerar que, en algunos casos, este hospital fue la única opción disponible para intentar curar sus enfermedades y dolencias; para otras mujeres, un refugio al no saber a dónde o a quién acudir; y en otros casos, un lugar para el buen morir o un espacio al que acudir temporalmente como estrategia de supervivencia a muy corto plazo. Debo indicar que el interés por el uso y estudio de esta fuente no se basa tanto en que se registraran como enfermas, sino en que se trata de los pocos registros cuantitativos que poseemos donde las transeúntes aparecen de forma serial.

La documentación asistencial presenta un contenido muy rico para realizar una aproximación sobre los índices de pobreza y marginación o incluso para el estudio de las estrategias femeninas y familiares de previsión y supervivencia; por lo tanto, ofrece un amplio abanico de posibilidades, siendo muy útil para abordar cuestiones relacionadas con el contexto sociocultural y económico de determinados focos urbanos. No obstante, esta fuente ha sido poco explorada y aún queda un largo recorrido para lograr una investigación monográfica sobre el tema. Es por ello que deseamos contribuir en un tema algo marginal, pero con significativas posibilidades más allá del fenómeno migratorio, ya que nos permite reconstruir la identidad sociológica de todas aquellas que cruzaban el umbral del hospital y entraban a sus dependencias como enfermas (nombre, estado civil, naturaleza, condición jurídica), así como obtener información sobre la fecha de entrada, salida o fallecimiento, y otros aspectos más individuales como el nombre o la ocupación del esposo, si fueron enterradas en el hospital o los nombres de los padres. Además, se pueden observar minúsculos retazos de sus vidas, desde el lugar donde contrajeron matrimonio hasta los accidentes por los que terminaban acudiendo a las puertas de la institución.

Evidentemente, lo que más nos interesa es establecer la identidad geográfica de las mujeres hospitalizadas para observar si existe una considerable movilidad

femenina hacia esta ciudad y escrutar el perfil socioeconómico para adentrarnos en el horizonte más familiar de la pobreza mediante la complementariedad con otras fuentes. Durante el proceso de recogida de datos y su tratamiento con las fuentes, nos encontramos con algunos problemas, pero también con temas que no esperábamos encontrar en un principio. Por ejemplo, nos hemos esforzado en localizar en el registro, mediante pistas, la presencia de enfermas que posiblemente pertenecían a una misma unidad familiar. Aunque su representación en el conjunto de la muestra total es reducida, los resultados han sido algo productivos. Esto se debe a que hay casos en los que madres e hijas o hermanas coinciden en el hospital al mismo tiempo, lo cual sugiere el efecto amortiguador que tuvo este tipo de asistencia sobre los miembros femeninos de una misma unidad familiar.

Esta herramienta social aportaba ciertos cuidados médicos y sanitarios, así como aliviaba el desamparo de los individuos pobres en los momentos más vulnerables. Además, en un sistema patriarcal en el que las mujeres pobres no suponían un problema económico, sino un problema más bien moral y social, este tipo de institución también ayudó a mantener cierto orden, ya que se trataba de asistir y ocultar a aquellas personas que demostraban con su pobreza la incapacidad del sistema político y económico de aquel entonces.

También hemos intentado seguir el rastro de aquellas que ingresan en el hospital en repetidas ocasiones, lo que cuestiona la posibilidad de una sanación completa cuando el intervalo entre un ingreso y otro es relativamente corto. Además, en estas múltiples entradas se pueden detectar cambios de identidad. Digo «posibles» porque algunas parecen modificar parte de sus datos. Por lo tanto, nos encontramos ante las que hemos llamado mujeres dudosas o contradictorias; este es un tema con el cual nos hemos encontrado al trabajar estas partidas de enfermas y que resulta interesante de explicar, o al menos indicar las dudas que suscitan.

Es verdad que las mujeres forasteras y de escasos recursos aparecen con mayor frecuencia en los archivos de esta institución asistencial, pero también presentan sus limitaciones. Por una parte, los datos del perfil de cada mujer son relativamente pobres, ya que sus registros fueron realizados de manera muy simple. Las anotaciones sobre las enfermedades sufridas y cualquier indicio o referencia sobre la pobreza y miseria vivida, así como los motivos por los que ingresaron, el número de hijos o la vecindad, son prácticamente inexistentes. No hay muchas huellas que permitan vislumbrar las circunstancias de las enfermas al momento de su ingreso. Por lo tanto, no podemos seguir la línea que Montserrat Carbonell ofrece en uno de sus estudios sobre los expedientes de entradas y salidas de las acogidas en la Casa de la Misericordia de Barcelona. Estos sí proporcionan una explicación

de las circunstancias de estas al momento de entrar en contacto con la institución, una vía muy eficaz para acceder a un tipo específico de emigración protegida (1994, 301-316). Tampoco tenemos la posibilidad de profundizar en la condición socioeconómica a través del análisis de la ropa con la que llegaron al hospital, tal como Cristian Berco (2016) hizo con los pacientes ingresados en un hospital de Toledo que se dedicaba a recibir a personas con enfermedades venéreas.

Por otro lado, aunque podemos registrar el origen geográfico, que es lo que más nos interesa, debemos resaltar que el Hospital de Mujeres de Cádiz fue una institución asistencial de referencia, por lo que no debemos contemplar todos los desplazamientos como migraciones, puesto que muchas mujeres pudieron haber llegado a la ciudad para recibir asistencia y regresar después a sus aldeas, villas o ciudades de origen tras finalizar el tratamiento de recuperación. Sin duda son movimientos, pero que en algunos casos deben ser relacionados con la movilidad asistencial, temporal y de corta distancia, protagonizada por mujeres maduras o de edad avanzada que se movían en busca de refugio en los hospitales o centros de acogida más cercanos. Otras serían oriundas, residentes o vecinas de la ciudad, o simplemente estaban de paso. Tampoco nos podemos olvidar de aquellas que llegaban sin saber que esa ciudad sería su hogar definitivo; es posible que su ingreso en este tipo de instituciones conllevara un posterior asentamiento e inserción social. Finalmente, mencionar las limitaciones impuestas por el deterioro de algunos registros debido al inevitable paso del tiempo, lo que imposibilita su lectura y transcripción a causa de la disolución de la tinta.

Hemos recurrido a una metodología precisa para identificar la muestra de mujeres que se desplazaron hacia la ciudad de Cádiz con el fin de tener un orden de referencia sobre la magnitud del colectivo: tomar una muestra de dos catas separadas cronológicamente: diez años de referencia para el periodo inicial (1668-1678)³ y otros diez años para el periodo final de nuestra investigación (1750-1760)⁴. El criterio para la confección de esta muestra a partir de dos catas no es aleatorio. La primera década corresponde con el inicio sistemático del registro hospitalario de las entradas y salidas de las enfermas, además, históricamente nos situamos en un periodo en el que la institución tiene dimensiones reducidas y Cádiz todavía no es oficialmente la cabecera de las flotas de Indias. En la segunda cata, ya estamos en la otra cara de su historia, cuando el hospital cambia su

³ Corresponden a: A.H.D. Libro 1 (1668-1716).

⁴ Corresponden a: A.H.D. Libro 8 (1749-1756) y Libro 9 (1757-1762).

ubicación y estructura y comienza su nueva etapa, situándonos en un contexto donde Cádiz ya lo era todo.

Los datos que hemos analizado, correspondientes a una muestra compuesta por casi seis mil mujeres enfermas, han sido estudiados y tabulados utilizando plantillas personalizadas con diferentes ítems (fechas de entrada, salida y/o fallecimiento, nombre, estado civil, edad, naturaleza, condición jurídica, nombre del esposo y otros), con el propósito de tener una clasificación de los registros. Esta metodología nos ha posibilitado constatar, desde un enfoque cuantitativo, la presencia de mujeres forasteras en la ciudad gaditana durante el periodo cronológico mencionado anteriormente, así como reconstruir la identidad geográfica de las encuestadas y el perfil medio de las ingresadas, considerando que todas ellas eran pobres o al menos una parte considerable.

La representación cuantitativa resulta insuficiente para conocer quiénes fueron estas mujeres y para reconstruir retazos de sus vidas, en especial para conocer cómo vivieron y en qué circunstancias lo hicieron. Por eso hemos tenido que recurrir a otras fuentes complementarias con el objetivo de observarlas desde su pobreza y/o marginación. Necesitamos un análisis adicional que nos permita conocer algunos de los matices que una situación de pauperismo puede generar. Por ello, el armazón que construimos a partir de esta única fuente requiere tendones, ligamentos y músculos para ir más allá e intentar reconstruir cómo estas mujeres pobres procedentes de fuera desarrollaban sus vidas en la ciudad lejos de su hogar. Estas mujeres, de un modo u otro, se encontraban en un momento concreto de su ciclo de vida en el que estaban fracasando en cuanto a cumplir las expectativas que tenían puestas sobre la ciudad: ¿Cómo era la vida de una foránea pobre en la urbe gaditana? ¿Cuáles eran las circunstancias en las que vivieron? ¿Qué tan importante resultó el efecto amortiguador de la familia, el vecindario, el trabajo o la comunidad?

La complementariedad con otras fuentes es necesaria porque es imprescindible sobrepasar los datos que nos aportan los registros hospitalarios, los cuales silencian todas las facetas que enriquecen la experiencia laboral, matrimonial y familiar, así como la de la sociedad, cultura y comunidad. Para descubrir y dismantelar tales silencios, o indagar en otras áreas, es necesario buscar pistas fuera de los muros del hospital.

Por ejemplo, las oriundas gaditanas y las desplazadas tenían la posibilidad de optar por las ayudas que ofrecían muchas de las obras pías y patronatos fundados durante el periodo moderno, ya que la comunidad se preocupó bastante por acabar con algunos problemas sociales causados por la pobreza femenina. Es por esto